

DISCURSO/HISTORIA

Este número recorre ciertos espacios que muestran, de modo diverso, cómo la historia construye la subjetividad y cómo ésta penetra en la historia: textos donde el problema de la identidad se plantea, ya abiertamente, ya orientando la práctica interpretativa.

De los trabajos que presentamos, buena parte de ellos coincide en indagar algunas formas de constitución de las identidades nacionales; es decir, trabajan esa zona del archivo que, aunque próxima a nosotros, permite establecer cierta distancia en un momento en que la conformación tradicional de los Estados nacionales se desdibuja.

Los Estados europeos, con su centralización administrativa, su mercado interior, su lengua común, fueron el resultado de un largo y complejo proceso; en algún caso, ni siquiera completado hasta hoy. Las necesidades propias de las sociedades industriales y la construcción temprana de una economía-mundo, con sus obvias contradicciones internas, impulsó el desarrollo de las lenguas vernáculas. Por un lado, su codificación, es decir, la estabilización de la gramática, la ortografía y el léxico; por el otro, su identificación con la nación a través de las representaciones que las vinculaban.

La *Gramática* de Antonio de Nebrija y el *Diálogo de la Lengua* de Juan de Valdés corresponden a la primera etapa de gramaticalización del castellano, una vez acabada la reconquista y llegado el momento de la expansión hacia América. La delimitación de la lengua propia — como se presenta en el primero de estos artículos — produjo un doble movimiento: de reconocimiento de su exterioridad — el latín y los otros vernáculos — y de designación de la norma.

Los Estados hispanoamericanos heredaron el castellano como lengua común de una parte considerable de sus poblaciones y fundamentalmente de las élites dirigentes. Pero heredaron también la incompletud de la construcción

del Estado nacional español, expresada, entre otras cosas, en la presencia y persistencia de las lenguas aborígenes.

La primera etapa de vida independiente llevó, en el terreno de lo lingüístico, a la busca de una identidad americana donde se conjugaran la independencia nacional y la revolución democrática. Las polémicas en torno de la lengua nacional y las propuestas de reforma ortográfica fueron manifestaciones de ese proceso. Por otra parte, la necesidad de nueva mano de obra -que ya había ido extendiendo el castellano a sectores de las poblaciones indígenas- impulsó también, en la segunda mitad del siglo XIX, las políticas inmigratorias, cuyo éxito mostró la urgencia de "nacionalizar" a los extranjeros imponiéndoles "nuestra lengua".

El trabajo de Silvana Serrani sobre "la lengua como metáfora de la nación" analiza, precisamente, la construcción del imaginario dominante de lengua legítima, presente en los proyectos educativos implementados por el estado argentino a principios de este siglo.

iv La construcción de las identidades nacionales encuentra en la comunidad de lengua un instrumento privilegiado por la rápida naturalización que provoca, pero también apela a la comunidad de raza. De allí resultan los diversos papeles asignados al indio (a "lo indígena") en la conformación del imaginario de americano. De allí, también, las distintas actitudes vinculadas con él: aceptación por medio del mestizaje como núcleo de la nación, pero también exclusión en un más allá de la frontera o reconocimiento como modelo nacional frente al extranjero.

Ecos de estas posiciones ideológicas encontramos en Tabaré de Zorrilla de San Martín, cuyas estrategias respecto del texto histórico analiza Danuta Mozejko de Costa; y los hallamos también en los oficios de Francia a Ibáñez, comandante de la frontera norte del Paraguay. Nora Bouvet estudia, precisamente en esos documentos, el modo en que la acusación de "traición a la patria" permite, al designar al otro, ir delimitando el proyecto de Estado nacional, asociado en gran medida con la clausura, imaginaria, de la frontera.

Para que la nación se inscriba en los individuos y estos se reconozcan como ciudadanos, el Estado debe poner en marcha un complejo dispositivo jurídico y educativo, con sus recortes normativos, símbolos, modelos discursivos y rituales. Eduardo Guimarães recorre los sentidos de "ciudadano", la inestabilidad de su designación, en la Constitución del Imperio de Brasil, en los primeros decretos de la República y en la primera Constitución republicana de ese país. Eni Pulcinelli Orlandi, por su parte, muestra cómo la máxima "orden y progreso", inscrita en la bandera brasileña, impone un gesto de lectura marcado por la aceptación del poder establecido y el

sometimiento a una norma positivista que se presenta como lo que hace posible la unidad nacional.

Pero esta unidad se construye, sobre todo a partir del siglo pasado, en el ámbito de la institución escolar, que impone una memoria oficial con la designación de sus héroes y la narración de hechos ejemplares e indica las formas legítimas de percepción de la realidad social y de los procesos políticos. El *Compendio de Historia*, de Juana Manso, nos permite analizar cuáles son los ámbitos de circulación, que el texto propone, de la historia nacional en la escuela, y los tipos de discurso que asigna a cada ámbito.

El estudio de los manuales de historia para las escuelas secundarias, que propone Miguel Santagada, nos dice que, también en ese nivel educativo, la forma de exposición predominante borra las marcas del proceso de construcción del conocimiento y excluye posturas divergentes. El despliegue de un saber histórico no problemático, la valoración de los comportamientos individuales y el modelo de un destinatario-espectador que acepte sin discusión los contenidos presentados inscriben en el alumno las formas de participación del ciudadano.

En otra escena discursiva aparece el sujeto como "individuo" (de nuevo aquella construcción de hombre, desigual y libre, inventada-o reinventada- en el Renacimiento). La "otra" escena, porque ya no es la gran escena histórica-pública, es la que trabaja Leonor Arfuch en su consideración de las "historias de vida". Pero esa magnitud de lo social es subyacente a la tensión entre lo individual y lo social que determina la "escritura de la vida", la biografía.

El trabajo de Alejandro Raiter muestra un ejemplo de disolución de lo político en lo individual: la trivialización del dirigente, identificado con su saber técnico, manipulado para diluir lo polémico (lo político, lo histórico, justamente); y la polémica, transformada en rifa sin mayores apuestas.

El recorrido por la obra de Michel Pêcheux, que hace Denise Maldidier, cierra este número, pero con el propósito de abrir un espacio de teoría. En el examen de la trayectoria de Pêcheux reaparecen los instrumentos de análisis presentes, en distinta medida, en varios de los estudios que conforman este número y, por cierto, en una producción sustancial de trabajos en Análisis del Discurso. Aquí se los muestra en su inquietud, en una secuencia que deja ver su permanente depuración, su constante crítica; su vigencia, en fin, en una disciplina que entre nosotros comienza a recobrar su fuerza.

Elvira Narvaja de Arnoux
Carlos Rafael Luis